

EL TEATRO,  
GALERÍA DRAMÁTICA Y LÍRICA.

---

# FATALIDAD

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

CARLOS PACHECO.



VALLADOLID:  
Tipografía de H. de J. Pastor,  
LIBERTAD, 13 Y 18.

1894

G-F 15666



DG  
4

**FATALIDAD**

7.171996

Al D<sup>no</sup> Sr. Pablo Lora  
En prueba de amistad

El autor.

# FATALIDAD

drama en tres actos y en verso,

original de

Carlos Pacheco y Calvo.

---

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE CALDERÓN  
DE LA BARCA, DE VALLADOLID, LA NOCHE  
DEL 22 DE NOVIEMBRE DE 1894.



VALLADOLID:  
Tipografía de H. de J. Pastor,  
LIBERTAD, 13 Y 18.

1894

## PERSONAJES.

## ACTORES.

---

D. PEDRO CASTILLO.....	SR. RAUSELL.
D. <sup>a</sup> LUISA ( <i>hermana de D. Pedro</i> )	SRA. COLOM.
» CLARA ( <i>hija de D. Pedro</i> )..	SRITA. ALVAREZ.
D. JUAN DE BERNAL .....	SR. COLOM.
» DIEGO MENDOZA.....	» MARTÍ.
ANTONIO ( <i>criado</i> ).....	» CHAVES.
JUANA ( <i>criada</i> ).....	SRA. GARCÍA.
UN NOTARIO.....	SR. SÁNCHEZ.
DOS TESTIGOS.....	{ » BENÍTEZ.
	{ » MORA.
UN MÉDICO.....	» COMES.

La escena en las inmediaciones de Córdoba  
el año de 1884.

---

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica «El Teatro,» de D. Florencio Fiscowich, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y el cobro de los derechos de propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

*A la Oficialidad  
del Arma de Caballería,*

*en prueba de compañerismo*

*Carlos Pacheco*





---

## ACTO PRIMERO.

---

La escena representa la sala de una casa de campo, adornada según el gusto moderno, viéndose en ella flores y algunas galas de desposada. A la izquierda un balcón en primer término y en segundo puerta lateral: á la derecha dos puertas. Hora las cinco de la tarde.

Las indicaciones derecha é izquierda son las del espectador.

### ESCENA PRIMERA.

---

JUAN y DIEGO *entran después de levantarse el telón apoyándose el primero en el brazo de DIEGO.*

- JUAN. ¡Uf! Por fin hemos llegado *(se sienta)*  
DIEGO. Sosteniendo V. su dicho. *(De pié á su inmediación)*  
JUAN. Pero me costó el capricho  
llegar bastante cansado.  
DIEGO. Pues no es mucha la distancia.  
JUAN. Para mi si ¡vive Dios!  
que no podemos los dos  
tener la misma arrogancia;  
tu tienes la fortaleza

de un cuerpo joven y sano  
y yo sin ser un anciano  
tengo blanca la cabeza.  
Menos débil me creía,  
que á pesar del aire fresco  
del camino pintoresco  
y tu alegre compañía,  
sea por falta de costumbre  
ó sobra de años en mí,  
lo cierto es que me rendí  
para llegar á la cumbre.

DIEGO. ¿Y es V. quien se preciaba  
de resistente, Padrino?

JUAN. ¡Qué quieres! ese camino  
demostró que alardeaba;  
mas tomaré la lección  
é iré en coche cerca ó lejos,  
que al fin y al cabo, los viejos  
no tenemos presunción.

DIEGO. ¿Rindiendo así la bandera  
de cazador incansable?

(Se acerca á las puertas de la derecha con preocupación)

JUAN. ¡Quién al peso insoportable  
de mi edad no se rindiera!  
Pero en mis años mejores,  
de tu padre acompañado,  
muchas veces he formado  
con los buenos cazadores,  
y en alegre montería  
precedidos de los perros  
subiendo y bajando cerros  
cazábamos todo el día.  
¡Mas no en balde el tiempo pasa!  
Todo es conforme á la edad  
¡Con cuánta tranquilidad  
descanso yo en esta casa!  
¡y tú en cambio qué impaciencia!

¡qué agitación! Pobre Diego!  
¡En ti todo amor y fuego;  
en mi quietud y paciencia!

DIEGO. Perdóneme. (volviendo á su lado)

JUAN. Yo por qué?

DIEGO. Estaba tan distraído.

JUAN. No me digas un cumplido  
innecesario.

DIEGO. Yo á usted  
nunca: mas fuera extremada  
descortesía olvidar  
que le debo respetar.

JUAN. A mí no me debes nada.

DIEGO. Siempre bueno.

JUAN. Siempre justo.

Ya conoces mi manía,  
por eso en mí la alegría  
se encuentra tan á su gusto.  
Necio fuera en pretender  
me oyese con atención,  
cuando está tu corazón  
esperando á una mujer  
por la que te has transformado  
tanto, que si ahora te vieran  
tus amigos, no creyeran  
que eras el bravo soldado,  
el alegre camarada,  
calavera y pendenciero,  
siempre en jugar el primero  
con las honras y la espada.

DIEGO. (Sentándose).

Es verdad. Mas todo aquí  
al cambio contribuyó.  
Su amistad y cuanto vió  
mi alma en torno de sí.  
El trabajo, la honradez,  
la hermosura, la virtud,

paz, armonía, quietud,  
recuerdos de la niñez;  
todo hizo que poco á poco  
con lo pasado rompiendo  
un cuerdo me fuera haciendo  
después de hacer tanto el loco.  
Sin duda cumplido el plazo....

JUAN. No ha seis meses me decías  
que tu vivir no podrías  
mucho tiempo de reemplazo;  
recordabas mil historias  
de la vida de campaña  
en nuestra guerra de España  
y en Cuba.

DIEGO. Tristes memorias  
cual todas por haber sido.

JUAN. ¡Ya! Lo pasado se olvida:  
pero, vamos que en la vida  
hallaste gozo cumplido;  
é irás pronto al matrimonio  
que te brinda otra existencia  
sin sombras en la conciencia  
después de ser un demonio.

DIEGO. (Con tristeza.)  
Pues desde que soy honrado  
maldigo mi antigua suerte  
y no soy bastante fuerte  
para olvidar mi pasado;  
que temo lleguen á Clara  
manchas de la vida aquella,  
y ser causa para ella  
de pesar....

JUAN. Pero repara  
que exageras. Todo ello  
¿qué fué? Rápidos placeres  
entre fáciles mujeres,  
juego, riñas. ¡Vaya un sello

de maldad! Si la traición  
no mancilla tu memoria  
¿qué puede haber en tu historia  
digno de reprobación?  
Y cuenta que no celebro  
tal conducta. ¡Bueno fuera!  
Pero la edad, tu carrera  
que inflama tanto el cerebro  
la disculpan.

DIEGO. No del todo;  
que en una historia candente  
hay hechos que hasta mi frente  
pudieran arrojar lodo:  
y ante el recuerdo de ahora  
se eleva una sombra triste  
de mujer, que no resiste,  
que cede, pero que llora.  
Histérica.

JUAN.  
DIEGO. Lo sería  
acaso, mas no lo creo,  
no se entregó por deseo  
era amor lo que sentía.

JUAN. Hablas de ella con pasión.

DIEGO. ¡Pobre Julia!

JUAN. ¿Y qué apellido  
tenía?

DIEGO. No lo he sabido

JUAN. ¿Fué prudente?

DIEGO. La ocasión,  
el aislamiento forzado  
en que estuvimos, su vida  
con la mía compartida  
y mi audacia de soldado,  
la hicieron sí delinquir,  
mas sintió el remordimiento  
de su impureza, tormento  
del que ha debido morir.

- JUAN. Pero si contigo huyó  
era de virtud escasa.
- DIEGO. Ni ella salió de su casa  
ni su casa pisé yo.
- JUAN. Pues entonces no adivino.
- DIEGO. Forzando su voluntad  
la ciega fatalidad  
la colocó en mi camino.
- JUAN. ¿Cómo?
- DIEGO. En Cuba. (Pausa.) Tras un día  
de combatir sin cesar  
me mandó el Jefe atacar  
con toda la compañía  
una casa que se alzaba  
á mitad de una ladera  
en tal posición, que era  
el punto que ambicionaba.  
Subimos, nos rechazaron,  
al descender nos rehicimos  
y nuevamente subimos  
y nuevamente lucharon,  
mas vencidos, el que pudo  
buscó en el bosque guarida  
donde su rabia y su vida  
hallaron prudente escudo.  
Cuando la orden recibí  
de fortificar la casa  
con la gente bien escasa  
que quedaba junto á mí,  
cumpliendo mi obligación  
á recorrerla empecé  
y en una sala encontré  
tendida sobre un colchón  
una mujer. La cubría  
el rostro suelto el cabello.  
Le separé... ¡Qué destello  
de belleza arrojaría

que llegando á mi razon  
velada en sombras de muerte  
la alumbró con luz tan fuerte  
que me inspiró compasión!  
Le di auxilio. Volvió en sí.  
Yo retorné al pelear,  
y ella, sin duda, rezar  
debió á la virgen por mí.

JUAN.

Bien ¿pero luego?

DIEGO.

Mandando  
quedé allí un destacamento.  
Hábil yo en el fingimiento,  
ella sola y escuchando  
la ardiente palabra mía,  
cedió, porque en su lugar  
¿cuántas supieran luchar  
con éxito?

JUAN.

Y qué hombre habría  
en iguales condiciones  
¿que no obrase de igual modo?

DIEGO.

Es que hay más.

JUAN.

¿No es eso todo?

¿Hubo escándalos, traiciones?

DIEGO.

Parti como el malhechor  
sin aviso, por sorpresa,  
dejando en su frente impresa  
la mancha del deshonor.  
¡Ay! Entonces la conciencia  
era un espejo empañado;  
hoy que el brillo ha recobrado  
y refleja mi existencia,  
el pasado bochornoso  
representándome vá  
y tiemblo, porque quizá  
no merezco ser dichoso.

JUAN.

No lo has de ser; ya verás  
como al fin todo se olvida.



¡Quién no encuentra en esta vida  
sombras, mirando hacia atrás!  
DIEGO. Puede ser.  
JUAN. ¿Has avisado  
al Notario?  
DIEGO. Si.  
JUAN. Corriente.  
Justo es un hombre excelente  
activo y muy reservado.  
Antiguo amigo (CLARA aparece en la puerta de la  
derecha, segundo término.)

## ESCENA II.

CLARA, JUAN y DIEGO.

CLARA. (Desde la puerta.) Señores.  
DIEGO. ¡Clara! (Levantándose.)  
JUAN. ¡Clarita! (Idem.)  
CLARA. (Á Juan y Diego.) Un momento.  
(Al exterior.) En cuanto esté el aposento  
lleva al oratorio flores.  
¿Les hice esperar? (Bajando al proscenio.)  
JUAN. Ya estaba  
un poco impaciente Diego.  
(Quedan CLARA y DIEGO á la derecha y JUAN á la iz-  
quierda.)  
CLARA. ¿Es de veras?  
DIEGO. No lo niego.  
JUAN. Y D. Pedro?  
CLARA. Yo esperaba  
que aquí estuviera: no sé.  
JUAN. En su despacho, seguro.  
No conozco hombre más duro  
para el trabajo, aunque vé  
que le acaba. ¿Y de tu tia?



- CLARA. Contestó que llega hoy.  
DIEGO. Entonces disculpa doy  
á tu retraso.
- CLARA. Tenia  
que arreglar habitaciones  
separadas, pues su edad  
requiere comodidad  
y exige otras atenciones.  
Yo sus gustos recordando  
me esfuerzo por complacerla  
aunque alegre no he de verla  
mi solicitud pagando.
- DIEGO. ¿Por qué?
- CLARA. Porque ella es así
- DIEGO. ¿No has vivido tú con ella?
- CLARA. ¡Oh la temporada aquella  
fué muy triste para mí!
- DIEGO. ¿No te quiere?
- CLARA. Su ternura  
aunque sea muy sincera  
toma forma tan severa  
en su frase y su figura  
que á mí me daba temor  
todo cuanto me decia  
y siempre me parecia  
indiferencia su amor.
- DIEGO. Pues verás como te admira  
y te recompensa ahora.
- JUAN Y piensa que esa señora  
si allí grave, como inspira  
todo lo que nos rodea,  
aquí ha de ser cariñosa  
olvidando la enojosa  
austeridad de su aldea.
- DIEGO. Verás como de los dos  
el cariño la conmueve.
- CLARA. Si ella dice no se debe

querer nada más que á Dios.  
¡Si no os podéis figurar  
misticismo más profundo!  
Vive despreciando al mundo  
refugiada en el altar;  
y abstraída por completo  
en la idea religiosa,  
á lo humano desdeñosa  
sólo dá y pide respeto.

### ESCENA III.

---

CLARA, JUAN, DIEGO y PEDRO *que saliendo por la puerta lateral izquierda, ha escuchado las últimas palabras de su hija.*

PEDRO. (Con severidad).

Que tu debieras tener  
á la hermana de tu padre.

JUAN. ¡Pedro!

DIEGO. ¡Señor!

PEDRO. (Se coloca entre JUAN y CLARA). Mal que cuadre  
á tu vano parecer  
su virtud le hizo opinión  
de tan respetable altura  
que ni puede su ternura  
explicarse tu razón.

JUAN. ¡Hombre! No ha desconocido  
su virtud y justa fama.

DIEGO. Decía que no se inflama  
con lo humano.

CLARA. (Con ternura y acercándose á su padre). Veo que he sido  
muy ligera al expresarme  
y te he causado un disgusto,

mas tu tan bueno y tan justo  
¿te niegas á perdonarme?

PEDRO. No, Clara, pero comprende  
que tu falta de justicia  
aunque no entrañe malicia,  
rencores de niña vende  
que no debieras sentir  
ni en ellos fundar tu juicio.

CLARA. No juzgo que haya perjuicio  
en cuanto pude decir.

JUAN. Vaya, hablemos de otra cosa.

PEDRO. Permite una explicación  
que nunca la sin razón  
debe quedar victoriosa.  
Su carácter es verdad  
que es austero en demasía  
impropio de la alegría  
que reina en la sociedad,  
por lo que ella retirada  
en su casa solariega  
á la práctica se entrega  
de una piedad extremada.  
¡Mas por qué se ha de omitir  
que siempre sacrificó  
su bienestar y acudió  
mis penas á compartir!  
Que allá en la cubana tierra  
cuando fui tan desgraciado  
viendo mi hogar asolado  
en el fragor de la guerra,  
á Cuba fué por cuidar  
á mi esposa moribunda,  
pues su gloria no se funda  
únicamente en rezar;  
que si hay un cuerpo doliente  
ella lo cuida y socorre;  
si un alma enferma, allí corre

y con el que sufre, siente!  
¡Con que decidme en rigor  
qué se debe preferir,  
si su modo de sentir  
ó su frialdad exterior!

JUAN.

¿A qué hora llega?

PEDRO.

A las seis

dije que me preparasen  
el coche, y que me avisasen  
para esperarla. Ya veis (a CLARA y DIEGO)  
si en lo humano se complace,  
su Iglesia y su casa deja  
y aunque ya la edad la aqueja  
un viaje por veros hace.

JUAN.

¿Iremos contigo?

PEDRO.

Nó.

Prefiero espereis aquí.

JUAN.

Como quieras. Recibí  
carta de Justo; quedó  
en presentarnos mañana  
el contrato y el consejo.

ANTONIO. (Desde la puerta del foro) Está el coche.

PEDRO.

Bien. Os dejo.

JUAN.

Que llegue buena tu hermana.

PEDRO.

Hasta luego. (Sale por el foro)

JUAN.

(Acompaña á PEDRO hasta la puerta y en aparte dice los  
versos siguientes:) Adios. Lo mismo

será que éste su Luisa,  
la gravedad su divisa  
llevada hasta el fanatismo.

(Toma un libro y sentándose inmediato al balcon, al ver el  
titulo dice:)

*¡Gloria!* Joya que Galdós  
dió á nuestra literatura.  
Aprenderé en su lectura  
lo que sienten esos dos.

### ESCENA IV.

---

JUAN, DIEGO y CLARA *que ha quedado confusa por la severidad de su padre.*

DIEGO. (Con cariño) ¿Estás triste?

CLARA. (Con tristeza) A qué negarlo.

Es mi padre quien me acusa  
de ingrata y no tengo excusa  
Diego para disgustarlo.

DIEGO. Su carácter extremó  
tu dicho sin consecuencia.

CLARA. Es que también en conciencia  
he procedido mal yo. (Mirándole un momento)

Pero si vieras mi Diego  
¡qué triste es para una niña  
ver siempre cara de riña  
y nunca cara de juego!

¡Crecer sin las expansiones  
propias de la edad primera,  
sin una madre que diera  
entre besos sus lecciones!  
¡Viendo un padre triste y serio  
aunque de alma cariñosa,  
y una dama religiosa  
exaltada en el misterio,  
acaso no te extrañara  
lo mal que juzgué á mi tia  
á la que siempre vió fría  
para sus besos, tu Clara!

DIEGO. Si no lo extraño.

CLARA. No niegues.

DIEGO. He sentido tu tristeza.

CLARA. ¿No te han causado extrañeza  
mis palabras?

DIEGO. (Con pasión) Cuando llegues  
á comprender la pasión,  
el culto que por ti siento  
la fé de mi pensamiento  
y mi ciega admiración,  
también podrás comprender  
esta conjunción de ideas  
que me harás ser, como seas,  
y como creas, creer.

CLARA. ¿Tanto me quieres?

DIEGO. Ya dudo

si es amor ó fanatismo;  
que el amoroso egoismo  
á tanto exaltarme pudo,  
que hasta te quisiera ver  
desgraciada ¡vida mia!  
para inundar de alegría  
con mi amor todo tu ser.

CLARA. Diego, más bajo, por Dios!

DIEGO. ¡Qué importa si yo quisiera  
que todo el mundo supiera...

CLARA. Ya lo sabemos los dos.

DIEGO. Ateo, soberbio, vicioso,  
llegué á ti de sombras lleno  
salpicado por el cieno  
de un pasado bochornoso.  
Tu me alzaste, vi la luz.

Adoré á mi Redentor  
y de honradez y de amor  
pude abrazarme á la Cruz!  
Ya ves si debo adorarte  
y cuanto soy en deber:

Tu no puedes comprender.....

CLARA. (Con viveza) Pero sí puedo pagarte  
y eres ingrato conmigo.

- Por tu cariño me alejo  
de mi padre, ¡pobre viejo!
- DIEGO. Pues que venga á ser testigo  
de nuestra ventura.
- CLARA. Acaso  
¿No se lo he pedido yó?
- DIEGO. ¿Y te contestó que nó?
- CLARA. Siempre; siendo el primer caso  
en que niega si le ruego.  
(Con mimo, Si viniese, yo sería  
feliz del todo, tendría  
viviendo con él y Diego,  
en él amores de padre,  
y en tí unidos con piedad  
desde la tierna amistad  
hasta el cariño de madre!
- DIEGO. ¡Así te quiero!
- CLARA. ¡Así soy!
- DIEGO. ¡Cuán dichosa sabré hacerte!
- CLARA. (Con gravedad.) ¡Yo iría contigo á la muerte  
como á la ventura voy!
- DIEGO. ¡Bendita seas! (Con entusiasmo.)
- CLARA. Verás  
como en la dicha constante  
hoy la luz está delante,  
deja la sombra detrás.
- DIEGO. ¡Oh mi bien!
- JUAN. (Cerrando el libro y viniendo al primer término.)  
¡Qué gallardía!
- DIEGO. ¿Nos habló V?
- CLARA. ¿Habrá oído?
- JUAN. Algo dije conmovido  
por el libro que leía:  
Palpita en él tal pasión  
y es tan hermoso el lenguaje...
- DIEGO. (Mirando al balcón.) Ya se siente el carruaje.
- JUAN. Pidiendo la recepción



- que se debe á la viajera,  
tú abajo (A Clara.) que es el andén;  
nosotros estamos bien  
aquí en el salón de espera.
- CLARA. Voy corriendo. (Sale puerta del foro.)
- JUAN. Ahora veremos  
que tal es la doña Luisa
- DIEGO. (Con despego.) Adusta, grave, concisa,  
indigesta.
- JUAN. (Con severidad.) No adoptemos  
juicios acaso parciales;  
juzguemos según veamos.
- DIEGO. Tiene V. razón, seamos  
hombres serios.
- JUAN. E imparciales.
- (Entran PEDRO y CLARA con LUISA entre los dos: CLARA á la derecha; LUISA en traje negro de viaje revelando gran cansancio.)

## ESCENA V.

JUAN, DIEGO, LUISA, PEDRO y CLARA.

- JUAN. Señora. (Inclinándose ante LUISA.)
- PEDRO. (Haciendo las presentaciones.) Juan de Bernal,  
Diego Mendoza, mi hermana.
- LUISA. (Mirando fijamente á DIEGO, y en aparte.)  
¡Por qué un alma tan villana  
cubre un rostro tan leal!  
(Se dirige al canapé de la derecha y se sienta.)
- JUAN. ¿Viene usted mala?
- LUISA. Rendida.  
Perdonadme.
- CLARA. (Con cariño.) Algún mareo.
- JUAN. (Aproximándose á LUISA y pulsándola.)  
Soy médico.
- LUISA. Yo deseo



- consideren mi venida  
como de amiga sincera.  
Nos honra usted.
- DIEGO. Por ahora  
JUAN. usté á descansar, señora  
pues si la salud se altera....
- PEDRO. ¿Qué tiene? (Con interés.)  
JUAN. Lo natural.  
Cansancio, tensión nerviosa  
del viaje, poca cosa;  
mas para cortar el mal  
el sueño es remedio santo.  
Con que á borrar impresiones  
ya tendremos ocasiones  
de tratarnos, entretanto  
me ofrezco á usted con llaneza.
- LUISA. Asi es la amistad más fiel.  
DIEGO. (Ofreciendo su mano.) ¡Adiós señora!  
LUISA. (Sin corresponder al saludo y con acritud.) Id. con él.  
(Quedan los personajes á la izquierda, en segundo término  
JUAN y PEDRO, á la derecha CLARA y DIEGO, LUISA  
en primer término.)
- JUAN. Adiós Pedro. (Dirigiéndose al foro acompañado por  
PEDRO.)
- DIEGO. (Refiriéndose á LUISA dice á CLARA.)  
¡Qué aspereza!
- CLARA. (Suplicante.) No hagas caso. ¡Por mi amor!  
LUISA. (Aparte y levantándose.)  
¡La muerte conmigo llevo,  
para cumplir como debo  
inspirame tú, Señor!

(TELON RÁPIDO.)



---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

---

La misma escena del anterior. Hora las once de la mañana.

### ESCENA PRIMERA <sup>(1)</sup>

---

ANTONIO y JUANA *aparecen limpiando y colocando los muebles.*

ANTONIO. Estoy harto de limpiar.

JUANA. Y yo de tanto jaleo.

ANTONIO. ¡Ay Juana! Cuanto deseo que se acaben de casar.  
¡Demonio de escarabajo todo lo ha echado á perder!

JUANA. ¿Quién?

ANTONIO. Pues quién ha de ser la bruja.

JUANA. ¡Calla, más bajo!

ANTONIO. Siempre con la religión, siempre soltando sermones.

---

(1) Esta escena la versificó mi querido amigo Gabriel González Prats, escritor distinguido.

- Es un libro de oraciones  
con mala encuadernación.
- JUANA. (Con terror.) Si la vieras como chilla  
cuando gruñe.
- ANTONIO. (Con extrañeza.) ¿Esas tenemos?
- JUANA. Hoy por poco nos caemos  
con la dichosa capilla.  
Me encontró en la sacristía  
tarareando alegremente  
y me llamó irreverente.
- ANTONIO. ¿Y qué es eso?
- JUANA. Pues... judía.  
Gracias á que tuvo luego  
que pedirme este favor. (Enseña una carta.)
- ANTONIO. ¿Una carta?
- JUANA. Sí, señor.
- ANTONIO. ¿Para quién?
- JUANA. Para Don Diego.
- ANTONIO. ¿Y qué será la cartita?  
¿Riña?
- JUANA. Vaya usted á saber.
- ANTONIO. (Tocando la carta y mirándola.)  
Si yo supiera leer  
esta letra chiquitita.  
¡Dios perdone la intención!  
Por ser bruto no la toco,  
á veces el saber poco  
libra de una tentación.  
Será cualquier tontería; (le devuelve la carta.)  
no tiene buena la chola.  
Eso de ir hablando sola.
- JUANA. Eso de que nunca ría  
y hay más: mientras descansaba  
esta mañana, yo entré  
en su cuarto y escuché  
que soñando murmuraba:  
¡Perdón, perdón, padre mío!

¡Sangrel ¡Asesino! ¡Fué justo!  
Y yo me llevé tal susto  
que bañada en sudor frío  
me volví, gané la puerta  
y dando mil tropezones  
bajé los doce escalones  
que hay de su cuarto á la huerta.

ANTONIO. ¡Me das miedo!

JUANA. Y ella tiene  
una cara.

ANTONIO. (Con misterio.) Si el prurito  
de rezar será por.....

JUANA. ¡Chito!

ANTONIO. ¿Qué ocurre?

JUANA. No escuchas? Viene.

## ESCENA II.

---

CLARA y LUISA, *entran por el foro*: ANTONIO y  
JUANA *que se retiran cuando lo indica el diálogo.*

LUISA. Me ha sentado bien andar.

CLARA. (A los criados.)  
¿Qué haceis aqui?

JUANA. Hemos limpiado.

LUISA. (A JUANA.) Has hecho ya mi recado?

JUANA. (A LUISA.) Ahora lo iba á despachar.

LUISA. Pues anda.

JUANA. Voy al momento. (Sale por el foro).

CLARA. (A ANTONIO.) Tu avisame cuando estén  
los pobres.

ANTONIO. (A CLARA.) Está muy bien.

(Aparte por Luisa.) Me parece un monumento.  
(Sale 1.ª puerta derecha.)

### ESCENA III.

---

CLARA y LUISA.

- CLARA. Venga V. á este balcón  
cuya vista sorprendente  
le ha de gustar.
- LUISA. (Aproximándose al balcón). Ciertamente.
- CLARA. De mi padre la afición  
al campo, nos tiene aquí  
aunque el tiempo no es propicio.
- LUISA. Afición que llega á vicio  
y es molesta para tí.  
Además vivir aislados  
será expuesto en esta sierra.
- CLARA. (Con naturalidad).  
Lo que nuestra casa encierra  
es de los necesitados;  
así que encuentran mejor  
pedir lo que han de lograr  
que exponerse por robar  
al que ofrece sin temor  
su protección al mendigo.
- LUISA. Pues fuera el temor fundado;  
la ocasión hace al malvado.
- CLARA. (Durante el diálogo descienden al primer término y LUISA  
se sienta cerca del balcón).  
Al desnudo le dí abrigo  
sin curarme de inquirir  
oyendo ¡Bendita seas!  
su conducta ó sus ideas,  
me bastó verlo pedir.  
Usted me ha dado el ejemplo.

- LUISA. Yo ejerzo la caridad  
viendo la necesidad  
honrada.
- CLARA. Tal la contemplo:  
y aunque con noble porfía  
todos buscan la ocasión  
para que mi corazón  
disfrute al ver la alegría  
del que llegando á mi casa  
temeroso y macilento  
llora y rie de contento  
cuando sus umbrales pasa;  
no hallé motivo hasta hoy  
para sentir inquietud  
y confiada en su virtud  
lecho y pan al pobre doy.  
Eres buena.
- LUISA.
- CLARA. Qué razón  
para no serlo tendria;  
soy feliz, y la alegría  
mejora la condición.  
Además, que obrando asi  
complazco á mi prometido.
- LUISA. ¿Cómo os habéis conocido  
Diego y tú?
- CLARA. (Sentándose.) Cerca de aquí  
una hermosa quinta tiene  
su tutor Juan de Bernal  
quien con mi padre leal  
y antigua amistad sostiene.  
A ella mi Diego sin calma  
tras violenta juventud  
llegó buscando salud  
para el cuerpo y para el alma.  
Tal vez, por curiosidad,  
con su tutor vino á casa,  
y en nuestra reunión escasa,

las condiciones de edad  
formaron grupos aparte.  
En uno imperó lo serio  
en otro dulce misterio,  
luz, aroma, genio y arte.

¡Así empezó mi ventura! (Con sencillez.)

LUISA. Y en el forzado aislamiento  
sabes si tu pensamiento  
no equivocó esa ternura?  
¿Has sabido y no asombre  
fingir hasta convencerte  
si puede feliz hacerte  
el cariño de ese hombre?  
¿Sabes si fingiendo está  
de tu inocencia abusando?

CLARA. (Levantándose y con nobleza.)  
Sé que le estáis calumniando  
y que sufro. ¡Basta ya!  
Hallé en Diego ilustración  
talento, lealtad, nobleza;  
él en mí poca belleza  
pero mucho corazón.  
Nació mi amor al tratarlo  
cuando lo dije? Al sentirlo.  
Ni él luchó para exigirlo  
ni yo para confesarlo.  
El está de mi seguro  
cual yo lo estoy de su amor  
¡que no puede ser mayor  
pero tampoco más puro!

LUISA. (Aproximándose a CLARA.)  
Has interpretado mal  
de mis frases el alcance;  
que de tu unión en el trance  
cumpliendo un deber moral  
he de darte mis consejos,  
y ver si tu alma recibe



luz de amor que eterna vive,  
ó sólo vagos reflejos  
del foco de otras pasiones;  
que en la cercana partida,  
juegas, no sólo la vida  
de unas cuantas ilusiones  
sino el alma, y fuera horrible  
ceder al deslumbramiento  
de algún pueril sentimiento,  
y ese lazo indestructible  
anudar, para después  
ser desgraciada. No insisto  
en ello por tí, ya he visto  
que tu pasión, tal cual es  
no se discute.

CLARA. (Con viveza.) ¿Seréis  
justa con él?

LUISA. ¿Por qué no?

CLARA. Anoche ¿qué motivó  
vuestro desvío? ¿Tenéis  
alguna causa fundada  
para no quererlo?

LUISA. ¡Sí!

CLARA. (Con violencia.) ¡Cual, cuál!

LUISA. (Disimulando.) Soñé para tí  
otra vida en que alejada  
de este social torbellino  
como esposa del Señor  
tu alma espléndida en amor  
le dieses; y ese destino  
él ha truncado.

CLARA. (Hablando consigo misma.) ¡Violenta  
senti la duda un momento,  
qué terrible sufrimiento  
produce. ¡Cómo atormental

(A Luisa.)

Ya no dudo, que la fé

ahuyenta el torpe recelo.  
Usted me dará el consuelo (A LUISA)  
de amar á Diego. Tendré  
para anudar esos lazos  
la constancia que nos vence  
la palabra que convence  
y la fuerza de mis brazos. (Abraza á LUISA.)

LUISA.

¡Clara! (Se besan.)

CLARA.

(Con ternura.) ¡Qué dulce sostén!

LUISA.

(Aparte.) ¡Su gozo me martiriza!

CLARA.

¡Cómo el amor fecundiza  
á las almas para el bien!  
siempre os halló el corazón  
indiferente á su anhelo

de cariño: mas el hielo  
al calor de la pasión  
se ha fundido lentamente  
dejando como despojos,  
lágrimas en vuestros ojos  
y besos sobre mi frente,

(La lucha de sentimientos sufrida le hace verter algunas lágrimas).

LUISA.

¡Infeliz! (Aparte).

CLARA.

Que hermoso día  
es este de mi ventura!  
encuentro vuestra ternura  
cuando muerta la creía  
y esta tarde firmaré  
mis esponsales.

LUISA.

(Con espanto.) ¡Hoy!

CLARA.

Si.

Mi padre lo dijo así  
anoche.

LUISA.

Y la hora?

CLARA.

No sé;

pero él nos enterará  
aquí viene.

(Entra PEDRO por la puerta lateral izquierda).

### ESCENA IV

---

- CLARA. (Corriendo hacia su padre). Padre amado!
- PEDRO. ¿Qué sucede? ¡Tu has llorado!
- CLARA. Lloré; pero....
- PEDRO. (Con violencia reconcentrada) No sabrá quien á tí te cause enojos quien te maltrate ó te aflija que no quiero de mi hija ver lágrimas en los ojos: que eres la única pasión aunque parezca dormida que conserva aliento y vida aquí, en este corazón que rebosa de amargura, y advierte Clara al que sea que antes de tocarla, vea como toca tu ventura.
- CLARA. (Con rapidez.) No, padre, no.
- LUISA. ¿Qué supones?
- PEDRO. Pues su dolor miro cierto nada supongo, es que advierto para todos las razones que abonan mi proceder; en la brecha cierro el paso.
- LUISA. De un error en este caso pudieras víctima ser
- PEDRO. ¿De un error?
- CLARA. Que yo bendigo!  
¡Por él cuán noble te vi!
- PEDRO. ¿Lloraste?
- CLARA. (Pasando por delante de su padre y abrazando á Luisa.)  
De gozo, sí.  
En sus brazos; á su abrigo;

me quiere cual tu me quieres  
que en su espíritu ideal  
al fin vibró el maternal  
cariño de las mujeres.

PEDRO. (Aparte á LUISA) ¡Cómo suponer! Perdona  
fui violento sin razón.

LUISA. Tú lo has dicho, la pasión  
es ciega y no reflexiona

(Aparte á PEDRO) la vistas entristecida...

PEDRO. (A Luisa en voz baja) ¡Y vi el rostro de mi esposa!!

LUISA. (A PEDRO) ¡Calla Pedro!

CLARA. Cuan hermosa

se nos presenta la vida;  
pues se cumplen mis fervientes  
deseos, no más agravios,  
la risa en todos los labios  
la paz en todas las frentes.  
¿Por qué la vuestra se inclina?

LUISA. A tu edad hay confianza;  
á la nuestra.....

CLARA. La esperanza  
es un sol que no declina.

PEDRO. Si; que trasmite tu acento  
la fé de un alma dichosa  
como trasmite la rosa  
suaves perfumes al viento.

CLARA. ¡Asi, padre!

LUISA. (Aparte.) ¡Cuán aleve  
es su destino!

CLARA. (Con alegría.) Y ahora  
vas á decirnos la hora  
en que el buen notario debe  
presentarnos ese escrito.

PEDRO. A las doce.

CLARA. ¡Y aun estoy  
sin arreglar! pues me voy.  
¡Qué aturdida! Necesito

ver á mis pobres primero  
si me permiten.....

PEDRO.

Si, si.

CLARA.

(besa á Luisa y á Pedro le presenta la frente. Se retira por la puerta de la derecha primer término diciendo con alegría las últimas frases.)

Un beso, otro tú, ¡venci!  
Ahora tranquila lo espero.

### ESCENA V.

---

LUISA y PEDRO.

LUISA. ¡Pobre Clara!

PEDRO.

Qué razón  
te mueve á compadecerla?

LUISA.

Me causa tristeza, verla  
entregada á la pasión  
de ese hombre, tan locamente;  
que á la luz de los amores,  
hermosos campos de flores  
vé su acalorada mente  
en los yermos eriales  
de la existencia social,  
y el lazo matrimonial  
matará sus ideales.

PEDRO.

Déjalos que sean dichosos.  
No seas exclusivista  
ni desde el punto de vista  
de tus gustos religiosos  
al mundo juzgues, hermana.  
También fuera de un convento  
puede existir el contento  
y hacerse vida cristiana.  
(Despacio.) Si yo juzgara por mi



- no temas, ni hablemos más de estas cosas, supondrás que cumpli mi obligación.
- LUISA. No lo dudo, mas me asusta que hayas tu palabra dado á un hombre, que será honrado pero que á mí no me gusta.
- PEDRO. ¿Por qué no te ha de gustar? ¿Por qué rencor tan profundo? Si tu no hiciste en el mundo otra cosa que rezar, ¡Qué sabes de las pasiones que en el corazón germinan ni el vigor con que dominan al alma las ilusiones! Ciega por el fanatismo de la atmósfera en que vives á la sociedad concibes siempre marchando al abismo, y no hay tal, te has engañado.
- LUISA. Fué por su bien cuanto he dicho
- PEDRO. ¡No! si sé que tu capricho en Clara no has realizado. Tu querias destinarla al claustro, y no me acomoda.
- LUISA. ¿Prefieres hacer la boda?
- PEDRO. Prefiero poder besarla cuando quiera. Tu insistencia no influye en mis decisiones.
- LUISA. ¿Ni por sagradas razones?
- PEDRO. No habian de serlo en conciencia
- LUISA. En un militar creerás.....
- PEDRO. Un hombre como otro hombre.
- LUISA. ¡Uno á Julia!
- PEDRO. (Con violencia). ¡Aquí ese nombre no se pronuncia jamás! Nadie lo sabe. Arranqué



nombre y cariño del pecho  
y en uso de mi derecho  
mi deshonor oculté.

¡Nadie sabe aquella historia!

¡Deja dormir á los muertos!

No vengan tus desaciertos  
á despertar mi memoria!

LUISA. Dios te mandó perdonar!

PEDRO. Ya lo hice; pero no evoques

al pasado, nunca toques

lo que pretendo olvidar. (Pasa por delante de LUISA  
y se sienta).

LUISA. ¡Vete hermana, te lo ruego!

Perdona, pero cumplí

un deber..... y no creí.....

(Desde la puerta lateral derecha 2.º término por donde sale).

¡Por qué es el odio tan ciego!

## ESCENA VI.

---

PEDRO. ¡Imprudente! No has dudado  
por sostener tu opinión  
en cubrir mi corazón  
con el luto del pasado.

¡A la herida mal cerrada  
tocó tu mano inexperta  
volviendo á dejarla abierta  
sanguinosa y desgarrada!

(Reflexivo). Están mis viejos rencores  
tan frescos como aquel día  
que naufragó mi alegría  
en el mar de los dolores. (Pausa).

¡Julia, emblema del pasado!

¡De ilusiones mensajera



y al fin la mujer artera  
vencida por el pecado!  
¡Horas de bendita calma!  
¡Venturas que disfruté!  
¡Blando nido que alfombré  
con los cariños del alma!  
¿Dónde estais? Por qué traidora  
me deja vivir la muerte  
recordando vuestra suerte  
una hora, tras otra hora? (Pausa).

(Con violencia creciente). ¡Odio que no conociste  
al que pudo ocasionarte  
dame ocasión de saciarte  
ya que por mí mal naciste!  
¡Pónme sobre la traición!  
Haz que sepa quién es él  
para escupirle la hiel  
que mana mi corazón!

. . . . .  
(Levantándose). ¡Siempre la misma esperanza!  
¡El mismo dolor oculto!  
¡El recuerdo del insulto  
y el afán de la venganza!  
Y espero. Porque tal crimen  
que el vicio siempre corona  
ni la tierra lo perdona,  
ni los cielos lo redimen!  
¡Espero, si, nunca es tarde,  
rastros habrá, que hubo delito!  
¡Vamos, corazón maldito!  
sigue tu lucha ¡cobarde!

(Se retira puerta lateral izquierda.)

## ESCENA VII.

DIEGO y ANTONIO, *que entran por el foro.*

DIEGO. ¿Dónde está?

ANTONIO. En su habitación  
hablando con dos señoras  
muy serias: Comendadoras  
ó algo así de religión.

DIEGO. Entonces aquí la espero.  
Anúnciale mi llegada.  
*(Viendo que no se vá Antonio.)*  
¡Vamos! ¿qué esperas?

ANTONIO. Yo, nada.  
Si voy en seguida .... pero.....

DIEGO. Ese pero y esa cara  
¿qué dicen? Habla de prisa!

ANTONIO. *(Mirando con recelo á la escena.)*  
Que temo á Doña Luisa.  
Que á la señorita Clara... .

DIEGO. ¡Qué sucede; vamos di!

ANTONIO. La hizo llorar.

DIEGO. *(con ira.)* ¡Vive Dios!

ANTONIO. Hablaron mucho las dos.

DIEGO. ¿Qué más?

ANTONIO. *(De prisa.)* A la vieja oi  
esta mañana temprano  
murmurar con voz muy queda:  
¡No es posible que eso pueda  
suceder, Dios soberano!  
Con ella el mal ha venido.

DIEGO. *(Aparte.)* ¡Ha llorado! mas por qué?  
¡Qué causa! Yo la sabré!

*(A ANTONIO.)* Avisa.

ANTONIO. Lo he prevenido. *(Al retirarse  
primera puerta lateral derecha.)*

### ESCENA VIII.

---

DIEGO, *solo.*

¡Ven pronto, porque ya tengo  
con lo que pude saber,  
fiebre por verte, mujer!  
Cual me pide solo vengo:  
sin testigos..... ¿Qué querrá?  
Anoche me hirió en el alma,  
hoy en Clara, ¡calma, calma  
voluntad mía! Aquí está.

(Al ver á LUISA que entra segunda puerta derecha.)

### ESCENA IX.

---

DIEGO y LUISA.

LUISA. Gracias por la prontitud  
en acudir á mi cita.

DIEGO. El deber no necesita  
ni merece gratitud.  
Yo soy en agradeceros  
la urgencia que demostrais  
que al llamarme, anticipais  
la satisfacción de veros.  
(LUISA se dirige á cerrar las puertas del foro y 1.ª derecha.)  
¿Cierra usted?

LUISA. No lo extrañéis  
quiero hablar á V. en secreto  
y así evito á un indiscreto  
la ocasión.

DIEGO. Como gustéis.

- LUISA. (Se sienta á la derecha del espectador, DIEGO á su izquierda.)  
Siéntese, más cerca. Creo  
que voy á hacerle sufrir  
y antes le debo advertir  
que no es un vano deseo  
el que me obliga á turbar  
su ventura, Dios lo quiso  
y su mandato es preciso  
humildemente acatar.
- DIEGO. (Con extrañeza.) ¡Permita V. que me asombre!  
sin conocerla, la creo  
sincera: no más rodeo;  
dé V. forma: preste nombre  
á esa amenaza, que ansio  
salir de esta incertidumbre;  
por deber y por costumbre  
soy muy fuerte; se lo fio.
- LUISA. (Aparte.) ¡Insensato! (A DIEGO.) V. ignora  
que Pedro y yo pocas veces  
nos escribimos, los meses  
pasan sin hacerlo; ahora  
fué natural que lo hiciera  
que á la boda me invitase  
y de V., Mendoza, hablase  
y su nombre me dijera.  
¡Profundo terror sentí  
al conocerlo!
- DIEGO. (Con violencia.) ¿Por qué?
- LUISA. Calma.
- DIEGO. La tendré  
por respeto.
- LUISA. Conoci  
que el deber me prescribía  
presentarme en esta casa  
y aun la impaciencia me abrasa  
que por lograrlo sentía.  
Llegué al fin, con el intento

que V. habrá adivinado  
de romper el concertado  
proyecto de casamiento.

DIEGO.

Debo soñar.

LUISA.

Con mi hermano  
hablé; mas severo y duro  
dijo que estaba seguro  
de que al conceder la mano  
de Clara, su dicha hacía.  
Vi á mi sobrina, intenté  
contrariarla, y hallé  
tal pasión.....

DIEGO.

¡Oh! Clara mía! (Con entusiasmo.)

LUISA.

Que no me atreví á llenar  
de dolores su inocencia:  
y no debiendo en conciencia  
un secreto revelar  
que á la muerte pertenece,  
no teniendo otro remedio  
de usted solícito el medio  
que el mal evite.

DIEGO.

Parece  
que soy víctima de un sueño.  
¡Un mal mi amor! ¡Qué locura!  
Sin duda alguna impostura  
será razón del empeño  
que mostrais. La razón pido.

LUISA.

¿No acusa á usted su conciencia?

DIEGO.

De mi pasada existencia  
por quien puede, absuelto he sido.

LUISA.

Mas no por Dios; lo declara  
cierta historia criminal  
que yo sé para su mal  
y le hace indigno de Clara.

DIEGO.

(Con violencia. Levantándose.)  
¡Indigno de ella! Mirad  
señora lo que decís.

LUISA. (Levantándose.) ¿No cedéis?  
DIEGO. Lo que pedís  
es imposible.

LUISA. Escuchad:  
Era una mujer tan pura  
como del sol la caricia  
à quien la suerte propicia  
dió riquezas y hermosura  
con tan loca profusión,  
que su belleza cumplida,  
era en Cuba conocida  
de Cienfuegos à Colón.  
Adorada por su esposo,  
con una hija encantadora,  
habitaba esta señora  
un ingenio delicioso  
que por su riqueza es  
residencia soberana,  
cuando estalló la inhumana  
guerra del setenta y tres.  
Una noche, en ocasión  
que el esposo estaba ausente  
con su hija, súbitamente  
llegó allí la insurrección,  
y aunque los negros en masa  
respeto fiel la ofrecieron  
al bosque la condujeron  
desmantelando la casa.  
¿Qué fué de ella? Pasó un mes;  
el noble esposo llorando  
ya no la esperaba, cuando  
apareció en San Andrés.

(Animándose progresivamente).

¡Mas cómo! triste, doliente  
como una estatua animada  
sin cariño para nada,  
seca, yerta, indiferente.

Su esposo fué rechazado.  
Al mirarle enrojecía  
y temblando le pedía  
que la odiase, ¡el desdichado!  
¡Manché tu honra! gritó  
un día con rabia loca.  
—¡Mátame! y él de su boca  
el rugido interrumpió.  
—¡No! le dijo, pero el nombre  
vas á decir del infame.  
¡El nombre! Su nombre dame  
para que mate á ese hombre!  
—¡Nunca! Morirá conmigo!  
Pues será pronto. —Eso espero,  
ni besar á mi hija quiero  
yo me impongo mi castigo!  
¿interesa á V. verdad?  
Seguid, señora.

DIEGO.

LUISA.

Sin calma  
siguió la lucha de un alma  
que muere en la soledad:  
y al ver la muerte cercana,  
sin confesor que la oyera,  
confesó con su enfermera  
de su noble esposo hermana,  
el delito que destroza  
su mente con loco anhelo,  
y al despedirse del suelo  
murmuró ¡Diego Mendoza!

DIEGO.

LUISA.

(Con dolorosa sorpresa). ¡Julia!

Murió aborrecida.

sin el perdón del esposo  
sin un beso cariñoso  
ni una lágrima sentida!

DIEGO.

(Aparte). ¡Ay infeliz! Qué destino  
tan triste te cupo en suerte!  
Por qué te llevó la muerte



- á cruzarte en mi camino!  
¡Qué ingrato fui!
- LUISA. Caballero:  
creo que ha llegado el instante  
de separarnos, bastante  
hemos hablado, y espero  
que sabiendo la razón  
que abona mi proceder  
procurará V. romper  
esa proyectada unión.
- DIEGO. (Con resolución). ¡Nunca! Con sinceridad,  
con valor, pues eran míos,  
referi los extravíos  
que cometi en otra edad.  
Perdonado fui por Clara  
que entera mi historia sabe.
- LUISA. ¿Y el final de esta?
- DIEGO. Es más grave  
por él mi culpa? Si avara  
el alma de sus amores  
refirió cuanto sabia  
también con noble hidalguia  
dirá esos nuevos dolores.  
Llamadla, su fallo espero  
que otra opinión, nó.
- LUISA. ¡Jamás!
- DIEGO. Entonces no hablemos más.  
Aunque si decirle quiero  
que educado libremente  
sin familia ni afecciones  
en mi hallaron las pasiones  
un espíritu inconsciente.  
Casi un niño, su amistad  
me daban y me aplaudian  
hombres que favorecian  
mi orgullosa vanidad;  
y hubiese seguido así



loco, descreído y vicioso  
sin el amor poderoso  
de Clara; la conocí  
y empezó mi redención.  
Por su influjo, tuve calma,  
fé, vigor, salud del alma  
y moral en la razón.  
No pretenda V. ahora  
porque así bien le parezca  
que resignado la ofrezca  
tanto bien. ¡Nunca señora!

LUISA. (Cogiendo la mano de DIEGO y hablándole con voz recon-  
centrada) ¡Señor, Señor. Todos ciegos!

¡Venid y orad reverente!  
¡Dios humilla vuestra frente  
insensato! Allá en Cienfuegos  
tenía Julia un apellido,  
noble esposo, hija adorada,  
era una Núñez Celada,  
su esposo, Pedro Castillo!

DIEGO. (Con terror.) ¡¡No!!

LUISA. La hija, Clara!

DIEGO. ¡Mentís! (Con desesperación.)

LUISA. (Retrocediendo,) ¡Villano!

DIEGO. ¡Mentís os digo!

¡No es de un Dios ese castigo;  
inventais, no referís.

Y si con tanta malicia  
el juicio de Dios me alcanza,  
será el Dios de la venganza  
pero no el de la justicia!

LUISA. (Aparte.) ¡Piedad, señor, está loco!

DIEGO. La verdad, basta de agravios.

LUISA. Ya la dijeron mis labios.

DIEGO. (Aparte.) ¡¡Cuando la ventura toco!!

¡¡Infierno otra vez en tí!!

LUISA. Llame usted á Dios.

- DIEGO. No me quiso.
- LUISA. Para vencer es preciso  
luchar mucho.
- DIEGO. Ya perdi  
esperanza, amor, ventura!  
(Aparte). ¡Dame tu olvido, locura!  
(A LUISA). No me arroje V. de aquí!
- LUISA. Lo manda Dios es ley santa.
- DIEGO. ¡Por compasión!
- LUISA. Imposible.
- DIEGO. (Mirándola con extravío).  
¡Si pienso que es preferible  
anudarte la garganta!  
¡Si pienso que en negra sombra  
á Clara vas á envolver,  
que me puede aborrecer  
y que estés viva me asombra!  
¡¡Vas á callar, á callar  
para siempre, has de jurarlo  
ó yo sabré procurarlo  
aunque te haya de matar!!  
¡Que la sangre martillea  
el cerebro y me enloquece  
y entre la sombra que crece  
brilla rojiza esta idea.  
¡Vas á jurar!  
(Se adelanta hacia LUISA, ésta retrocediendo llega á la  
puerta de la derecha, primer término, y la abre.)
- LUISA. ¡Dios me ampara!
- DIEGO. ¡Abriste traidora!
- LUISA. Si.  
Dios me socorre.
- DIEGO. (Retrocediendo.) ¡¡Ay de mí!!
- LUISA. (Adelantándose.) ¡¡dos miserable!
- DIEGO. (Al ver á CLARA que entra por la puerta que abrió LUISA.)  
¡¡Clara!!

## ESCENA X.

---

CLARA, LUISA y DIEGO, después PEDRO, JUAN, el  
Escribano y Testigos.

CLARA. (Entra corriendo alegremente hasta el centro de la escena.)

¡Las doce! (A DIEGO.) Qué pasa: di,  
qué tienes? (Aparte.) Me vuelvo loca!

(A LUISA.) Nuevas tristezas provoca  
la presencia de usted aquí.

¿Callais?

PEDRO. (Hablando detrás de la puerta del toro).

Abre.

CLARA. (A DIEGO.) Por ventura  
ya termina nuestro duelo  
mi amor te dará consuelo  
que borre tanta amargura. (Corre á abrir la puerta).

PEDRO. Abre.

LUISA. (A DIEGO.) Si va usted á firmar  
su crimen delato yo.

DIEGO. (Aparte.) ¡¡Fatalidad!!

PEDRO. (Entrando.) ¿Quién cerró?

LUISA. Yo, sin duda que al entrar  
sin darme cuenta.

JUAN. (A LUISA saludándola.) Ya buena?

LUISA. Gracias á Dios.

PEDRO. (A DIEGO.) ¿Cómo va?

DIEGO. Muy bien y usted?

CLARA. (A DIEGO.) No será  
tan absoluta esa pena  
que conmigo sin razón  
estés serio en este día.

DIEGO. (Aparte.) ¡Con ella, por quien daría

contento mi salvación.

(A CLARA.) ¡Oh, Clara!!

(La situación de los personajes es la siguiente; á la izquierda, en primer término, DIEGO y CLARA, á la derecha LUISA: en segundo término, á la izquierda, el NOTARIO estendiendo unos papeles sobre la mesa, á su inmediación JUAN y los TESTIGOS á la derecha, PEDRO entre su hermana y JUAN.)

NOTARIO. Ya está dispuesto, señores, ¿doy al contrato lectura?

JUAN. No, es un mal rato para todos.

NOTARIO. Por supuesto.

JUAN. Don Pedro y yo lo hemos visto cada uno por nuestra parte y es su forma, lo que el arte prescribe.

NOTARIO. Por mi no insisto: á firmar; antes la hermosa que aquí la Ley es galante.

CLARA. (Acercándose á la mesa.) ¿Dónde firmo? ¿Aquí?

NOTARIO. Delante.

DIEGO. (Aparte.) ¡Qué lucha tan espantosa!

JUAN. (A CLARA.) Con pulso firme y sin miedo. (CLARA después de firmar abraza á PEDRO y LUISA)

NOTARIO. El consorte.

DIEGO. (Aparte.) ¡Suerte fiera!

JUAN. Vamos, Diego, se te espera ¿Qué tienes?

(DIEGO adelanta y toma la pluma, pero mirando á LUISA después de titubear un momento la deja revelando gran desaliento.)

DIEGO. ¡Firmar no puedo!

(Gran extrañeza en todos.)

CLARA. ¡Diego! ¿Qué dijo? ¡Dios mío!

¿Estas demente? ¡mi Diego!

(Adelantándose hacia él.)

PEDRO. (Conteniéndola.) ¡Atrás; ni una voz ni un ruego.

(A todos.) y que no olviden confío

que soy dueño de esta casa!  
¡No firma, pronto sabrán  
la causa; (A DIEGO.) todos están  
pendientes de lo que pasa!

DIEGO. (Aparte.) ¡¡Cébate fatalidad!!

PEDRO. De su torpe proceder,  
la razón quieren saber  
y han de conocerla ¡hablad!

DIEGO. ¡No puedo!

PEDRO. (Con ira.) Que no podeis?  
¡Sarcasmo igual! Encontrais  
una mujer; le rogais  
que os ame, y cuando obteneis  
vuestra pretensión lograda  
amor en ella y del padre  
su mano, porque así os cuadre  
les dais una bofetada  
manchando su limpio honor.  
Por qué? Vuestra torpe lengua  
yo soltaré, tanta mengua  
ni aquí he de sufrir!

(Se adelanta hacia DIEGO alzando la mano.)

DIEGO. (Con violencia.) ¡Señor!

JUAN. (Empujando á DIEGO hacia la puerta del foro.)

¡Pronto afuera!

PEDRO. (Contenido por el NOTARIO.) ¡Sí, que estalla  
mi furor; ya frente á frente  
nos veremos!

LUISA. ¡Dios clemente!

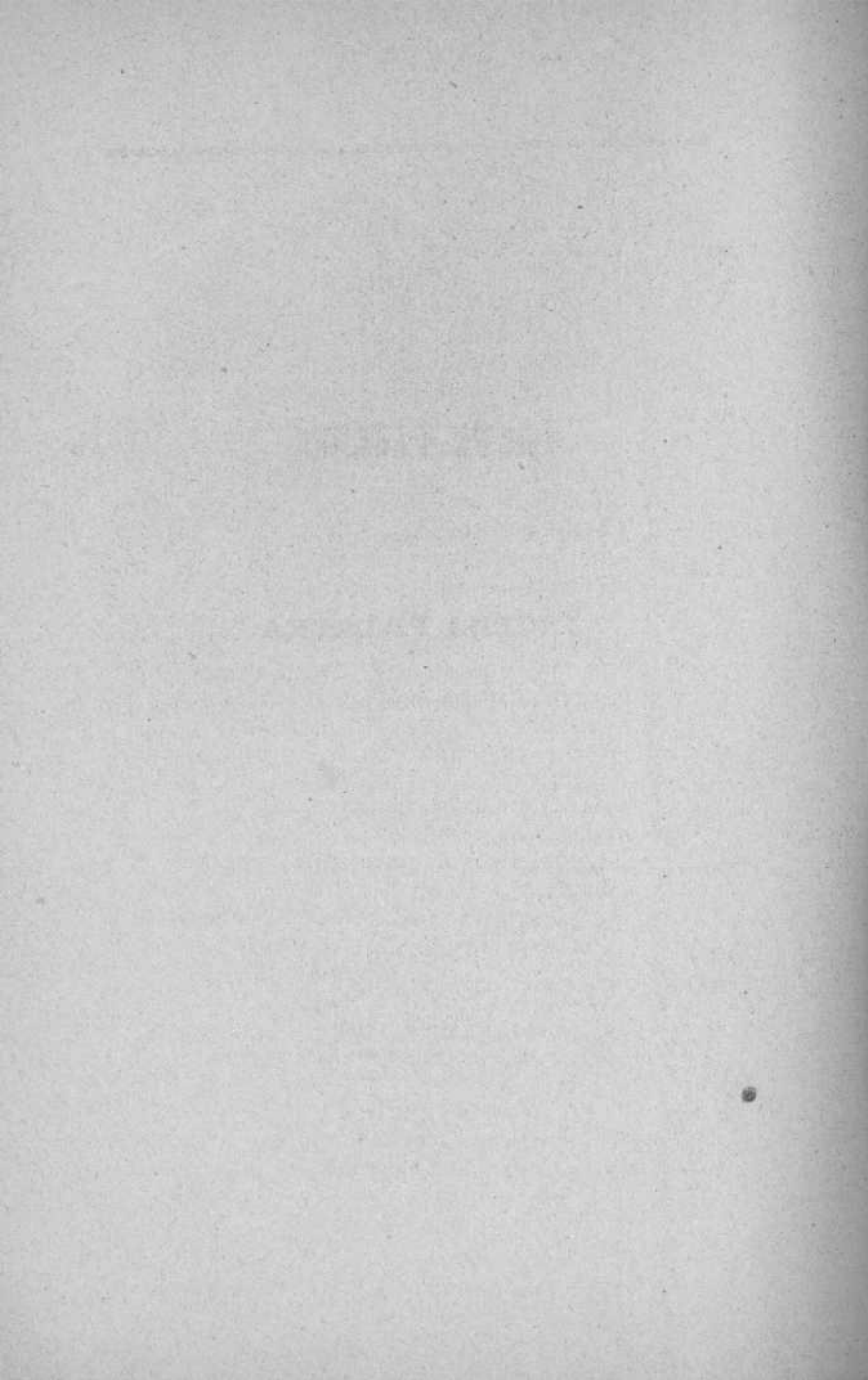
DIEGO. (Desde la puerta.) ¡Adios amor!

CLARA. ¡Diego!

PEDRO. (Cogiendo á su hija por la mano y retirándola violentamente.)

¡Calla!

TELÓN.



---

## ACTO TERCERO.

---

La escena la misma de los actos anteriores.

### ESCENA PRIMERA.

---

LUISA y JUAN. *Este escuchando en la segunda puerta derecha.*

JUAN. No se oye nada; el acceso  
ha debido terminar.

LUISA. Para volver á empezar  
de nuevo.

JUAN. (Viniendo al primer término.) Pues le confieso  
que es peligroso.

LUISA. Así estamos  
desde ayer hora tras hora  
y cuando se calma, llora  
y en vano la consolamos.

JUAN. ¡Pobre niña!

LUISA. Yo quisiera  
cuidarla, mas debe odiarme  
y he tenido que alejarme



porque mi voz la exaspera.  
¿Y él?

JUAN. Como cuerpo sin alma;  
con una frialdad que asusta;  
francamente no me gusta  
aquella terrible calma.  
Prefiero ruda explosión  
por peligrosa que sea,  
que al fin cuando se pelea  
hay medios de salvación.  
Pero en él, nada, ni un grito,  
ni una queja, ni un sollozo.  
¡Contrista verlo!

LUISA. Ese mozo  
paga por fin su delito.

JUAN. ¡Pero Luisa, en qué ocasión!  
Cuando á mi casa llegamos  
ayer, y nos encontramos  
solos en su habitación,  
arrojándose en mis brazos  
presa de infernal tortura  
me contó la desventura  
que hace su dicha pedazos.

LUISA. (Con terror.) ¡A usted dijo!...

JUAN. (Con nobleza.) A mí me llama  
padre con amor profundo  
y no hay secreto en el mundo  
para quien cual yo le ama.  
Qué quería usted? que guardase  
su desgracia toda entera,  
que ni un consuelo tuviera,  
que ni una voz le alentase?  
Habló: con sinceridad  
me dijo la forma horrible  
en que su amor imposible  
hizo la fatalidad!  
Ni culpa á usted ni odiar sabe.



LUISA. Que culpe á su incontinencia.

JUAN. Las manchas de la conciencia  
no hay bautismo que las lave?

LUISA. ¿Y creéis acaso vos  
que redimió su pasado?  
Pues sabéis el mal causado.  
dejad la justicia á Dios.

JUAN. Recuerde usted que él ampara  
al que su pecado llora,  
y que ese hombre, señora,  
fué redimido por Clara.  
Debió usted considerar  
de esa niña la ternura  
y que el amor es locura  
que puede á veces matar;  
que al salir ese secreto  
del fondo de una memoria,  
pudiera á Pedro su historia  
decir algún indiscreto!

LUISA. (Mirando á la escena.) ¡Silencio!

JUAN. Debíó usted ver

los males que ocasionaba.

LUISA. Unicamente escuchaba  
á la voz de mi deber.

JUAN. ¿Mas dónde ese desdichado  
irá con tal sufrimiento?

LUISA. Donde va el remordimiento  
para borrar el pecado.

JUAN. ¿Y esa inocente?

LUISA. Tendrá  
en la religión consuelo  
y sus pesares el cielo  
benigno mitigará.

JUAN. ¡Mas si muriesen!

LUISA. (Con gran severidad). Yo di  
cumplimiento la ley de Dios  
vida al alma de los dos

de los cuerpos prescindí.  
¡Qué vale el cuerpo, Bernal  
que la esperanza más tierna  
ante la hermosura eterna  
de la vida inmateral!  
¿Creyera usted mejor hecho  
que mi severa conciencia  
faltase con imprudencia  
al religioso derecho?  
y dejar que esos dos seres  
al conocer su delito  
considerasen maldito  
el lazo de sus placeres?  
¡No, jamás antes quisiera  
verlos morir. (Enternecida).

- JUAN. No lloreis.  
LUISA. ¡Ay Bernal, no comprendéis  
cuánto sufro!  
JUAN. (Aparte). Suerte fiera.  
Bajo un exterior de hielo  
guarda un noble corazón.  
LUISA. Aun nos queda una misión  
que cumplir, la del consuelo.  
Llévese usted á ese hijo  
muy lejos de este lugar  
y procure aminorar  
el sufrimiento prolijo.  
Yo haré lo mismo en la casa  
donde todos me atribuyen  
sus males, y de mi huyen  
cual de fantasma que pasa.  
A mentir; Dios me perdone:  
mas mi falta se concilia  
dejando que mi familia  
con espinas me corone.  
Acepto esta cruz Bernal  
triste pero resignada,

aunque me miro execrada  
por los que libro del mal.  
Ya ve usted mi corazón  
por entero, amigo mío.

JUAN. (En voz baja). Alguien se acerca.

LUISA. Confío....

JUAN. Cumpliré mi obligación.

## ESCENA II

---

*Los mismos, PEDRO y el MÉDICO que entran por la  
puerta derecha del segundo término.*

MÉDICO. Reposo, mucha quietud  
no recordarle su pena  
y al cabo la pondrán buena  
el tiempo y su juventud.  
No peligrá la razón  
y el lapso nervioso cede,  
sin embargo, tomar puede  
cada hora de esa poción  
una dosis: volveré  
á la noche, y animarse  
que es necesario mostrarse  
muy tranquilo.

PEDRO. Lo estaré.

MÉDICO. (A LUISA.) Usted señora debiera  
descansar; ya no hay temor.

JUANA. ¿Está, en efecto, mejor?

MÉDICO. (A JUAN.) Sin duda, si usted quisiera  
verla, podría juzgar  
como médico.

JUAN. (A MÉDICO.) No puedo.

- MÉDICO. Pues á sus órdenes quedo.  
Inclinándose ante LUISA sale al foro.)  
PEDRO. (Acompañándolo hasta la puerta.)  
Procure usted no tardar.

### ESCENA III.

---

PEDRO, LUISA y JUAN.

- JUAN. Voy á dejaros también.  
PEDRO. (Con despego.) Como quieras.  
JUAN. He venido  
porque nunca habia creído  
poder molestarte.  
PEDRO. (Reservado.) ¿Y quién  
se mostró molesto aqui?  
Siempre mi amigo serás  
pero ahora comprenderás  
lo que está pasando en mí.  
Con tu amistad amparado  
á mi casa llegó un hombre,  
que si tiene honrado nombre  
no es caballero ni honrado:  
fué encubierto malhechor,  
que adorar se hizo de Clara,  
para arrojarle á la cara  
el desengaño traidor;  
para hacerla desgraciada  
marchitando su inocencia,  
y todo esto, tu presencia  
recuerda al alma agitada.  
No eres tu culpable, no,  
lo conozco, pobre amigo,  
también jugaron contigo  
y nada te exijo yo.

Ni explicaciones pretendo  
que acaso pudieras darme,  
pues tendrías que engañarme  
aunque sufrieras mintiendo.

JUAN.

¡Tu deliras!

PEDRO.

(Con sarcasmo.) No en verdad:

¡esta mujer que es mi hermana  
y que es buena y es cristiana  
y hace alardes de piedad,  
la causa de mis agravios  
conoce; escucha mi queja;  
mira mi dolor, y deja  
cerrados los torpes labios.

LUISA.

¡Hermano!

PEDRO.

(A JUAN) Pues tu ¿qué harías?  
callar también ó mentir;  
que la ignoras, ó á decir  
verdad no te atreverías.

JUAN.

Nada sé.

PEDRO.

¡Si lo esperaba!  
¡Nada sabeis, todos mudos  
mas yo cortaré los nudos  
que vuestras lenguas os trabal  
No podeis con la careta  
del fingimiento cubriros  
ni en mi cabe el exigiros  
que digais lo que os sujeta.  
Pero ved como os delata  
vuestro rubor: (a LUISA) tu le hablaste  
y á no firmar le obligaste.

LUISA.

¡Oh Pedro!

PEDRO.

(A JUAN) Y él de su ingrata  
conducta luego contigo  
diría las viles razones.

(Con desdén).

¡A juzgar por las acciones  
no sois ni hermana ni amigo!

JUAN. ¡Nada sé, nada!  
PEDRO. Mejor  
amigo pudieras ser:  
mas yo lograré obtener  
y pronto, de ese traidor  
explicaciones cumplidas,  
mal que pese á quien le escuda.  
JUAN. ¿Sigues creyendo?  
PEDRO. ¡Lo duda!  
(Se sienta quedando ensimismado.)  
LUISA. (A JUAN.) Tengo las fuerzas perdidas  
haced que se aleje Diego.  
JUAN. (A LUISA.) Suponeis que intentará...  
LUISA. Tengo miedo.  
JUAN. Hoy partirá  
estad tranquila. Hasta luego.  
(Sale por el foro. En la puerta aparecen los Testigos que  
se inclinan dejando paso á Juan.)

#### ESCENA IV.

---

PEDRO, TESTIGOS 1.º y 2.º y LUISA,  
*que se retira quedando oculta en la primera puerta de  
la derecha.*

TEST. 1.º (Desde la puerta del foro.) Don Pedro.  
PEDRO. Por fin llegais.  
Luisa... (Indicándole que se retire.)  
LUISA. Le soy importuna. (Sale.)  
PEDRO. ¿Qué condiciones?  
TEST. 1.º Ninguna.  
PEDRO. ¿Rehusa el lance?  
TEST. 1.º Lo acertais.

PEDRO. ¿Le habeis hecho conocer  
mi decisión?

TEST. 2.º A eso fuimos.

PEDRO. Le dijisteis?

TEST. 1.º Le dijimos.  
que os debe satisfacer.

PEDRO. Y no accede?

TEST. 1.º Tal juzgamos,  
por lo que habló inconveniente  
que está Mendoza demente  
ó es un hipócrita. Entramos  
venciendo la resistencia  
del más terco aragonés  
que hay en España. A través  
de un balcón, con indolencia  
la luz el cuarto alumbraba  
de Mendoza, y no pudimos  
ver, cuando lo distinguimos,  
si dormía ó si lloraba.  
Le llamamos y se alzó  
convulso y desencajado.  
¡Quiénes sois, quién os ha dado  
permiso hasta aquí? Gritó.

TEST. 2.º Despertaba sorprendido,  
fué natural.

TEST. 1.º Expliqué  
nuestra llegada y logré  
que hablase más comedido.  
Mis palabras no extrañeis,  
señores, y con un gesto  
nos hizo sentar; su puesto  
ocupó; y ya me teneis  
dispuesto á escucharos, dijo.  
Entonces yo sin rodeos  
expuse vuestros deseos,  
pues huyo de ser prolijo;  
tenía que declarar



la causa del proceder,  
ó batirse hasta caer,  
hasta morir ó matar.  
Me oyó; quedóse perplejo,  
y en su faz las impresiones  
de contrarias emociones  
vimos como en un espejo.

TEST. 2.º ¡Mucho debía sufrir!

PEDRO. O muy bien lo simulaba.

TEST. 1.º Como respuesta no daba  
se lo tuve que advertir.  
¡Quieren mi vida! exclamó,  
pues que vengan á tomarla  
ó yo iré contento á darla  
pero á batirme eso no;  
que tengo la sangre moza  
y es tan aciaga mi suerte  
que pudiera dar la muerte  
á quien respeta Mendoza.  
Ni mi confesión tendreis;  
cuanto pude dije ya,  
juro que nadie sabrá  
la razón que pretendéis.  
Intentamos insistir  
sin resultado; salimos,  
y á deciroslo venimos  
porque podais decidir.

PEDRO. (Con ira). Escusas; fiera acosada  
que se esconde en su guarida  
donde tiembla estremecida  
ante el fulgor de una espada.  
No le pude yo juzgar  
tan hipócrita y tan vil,  
pero al lobo en su cubil  
es necesario buscar.

TEST. 2.º Calma, D. Pedro, tal vez  
extremais vuestro rencor.



PEDRO. En lo que atañe á mi honor  
yo soy el único juez.

TEST. 2.º ¡Que está loco!

PEDRO. Pues así  
reñirá con mayor brio!  
A vuestra amistad confío  
mi causa; volved allí  
y sepa que si rehusa  
cruzar hierro contra hierro  
ó confesar como á un perro  
lo mataré sin excusa.

TEST. 1.º Lo quereis?

PEDRO. Como lo digo.

TEST. 2.º Acaso forceis la suerte.

PEDRO. (Con entereza). Cuestión es de vida ó muerte,  
de confesión ó castigo.  
Si ofendió su villanía  
á Clara con tal desprecio,  
justo es que yo ponga precio  
al llanto de la hija mía.

TEST. 2.º (Aparte). Qué tesón!

PEDRO. Esperaré  
que volvais.

TEST. 1.º Pronto será.

(Salen acompañados hasta el foro por Pedro.)

## ESCENA V.

---

PEDRO y LUISA *que habiendo escuchado la anterior  
escena sale á ella cuando se retiran los testigos.*

LUISA. (Aparte.) Y Pedro sucumbirá  
si se baten (á PEDRO) escuché  
cuanto hablásteis.

- PEDRO. (Sorprendido queda en segundo término) Mala acción.  
LUISA. (Acercándose á su hermano.) Buena si el peligro alejo  
de tu frente.  
PEDRO. (Con acritud.) Te aconsejo  
que enmiendes tu condición.  
LUISA. ¿Por qué tu furor extremas?  
¿Por qué no has de perdonar?  
Piensa en que puedes dejar  
á Clara sola.  
PEDRO. No temas.  
LUISA. Es joven, robusto, diestro.  
PEDRO. ¿Qué importa?  
LUISA. Te mataría.  
PEDRO. (Increpándola.) ¡Pues habla tú!  
LUISA. ¡Qué porfía  
tan cruel!  
PEDRO. ¡Pues al siniestro  
destino obedeceré!  
LUISA. (Con temor.) ¡Si él viene!  
PEDRO. (Con indiferencia.) Me ahorra buscarlo.  
(Sale puerta izquierda despacio.)  
LUISA. ¡No cede. ¿Cómo evitarlo?  
¡Dios mio! vigilaré. (Sale 1.ª puerta de la derecha.)

## ESCENA VI.

CLARA y JUANA.

- CLARA. (Apoyada en la segunda, revelando debilidad grandísima)  
JUANA. Se empeñó usted en venir  
y yo cuando usted me ruega  
no resisto, mas si llega  
el señor, me ha de reñir  
y con razón.  
CLARA. (Se sienta inmediata al balcón.) Me asfixiaba  
allí dentro. Ya estoy buena.

- JUANA. (Aparte.) ¡Pobre angel, me da una pena!  
¡Maldita bruja! ¡La ahogaba!
- CLARA. Vete no tengas cuidado  
que si algo necesitase  
llamaré
- JUANA. Que me quedase  
con usted me han ordenado.
- CLARA. Prefiero estar sola. Aquí  
respiro con tanto gusto.....
- JUANA. Pues hemos tenido un susto  
desde ayer tarde.
- CLARA. ¿Por mi?
- JUANA. ¡Claro! Pobre señorita.  
¿Pero ahora ya está mejor?
- CLARA. Mucho.
- JUANA. Pues al comedor  
me voy; si me necesita  
vengo a escape.
- CLARA. Ve sin miedo  
estoy bien.
- JUANA. (Aparte al marcharse.) Desesperada:  
y la otra estará encantada  
de haber formado este enredo.

## ESCENA VII.

CLARA *sola.*

(La acción la indica el diálogo, y al talento de la actriz se confía la interpretación.)

Creí morir. Allí presa  
me ahogaba. Ya es otra cosa.  
Aquí el aura presurosa  
me acaricia, me embelesa.

¡Dios mío! ¡He llorado tanto!

(Al andar despacio se detiene ante las flores y galas de desposada que habrá en los muebles.)

¡Pobres flores! ¡Pobres galas!  
Batió aquí el dolor las alas  
y todo refleja espanto.

. . . . .  
De mi amor en el exceso  
os mostré con alegría,  
sabiendo que él dejaría  
en vuestras hojas un beso.  
Pero ahora..... también morir  
es vuestra suerte cruel.  
¡Si no ha de miraros él  
para qué habéis de vivir!

(Se oyen las cuatro.) Las cuatro: al dar esta hora  
todas las tardes venía,  
y yo esperarlo solía  
en el balcón como ahora.  
Mas hoy en vano mis ojos  
recorren el horizonte;  
solo el valle, solo el monte  
miran, soledad y abrojos.  
Así á la naturaleza  
viste nuestra fantasía,  
si alegre con su alegría,  
si triste con su tristeza.

(Vuelve á sentarse.)

¡Ay de mí! qué débil es  
del alma la voluntad:  
amor propio y dignidad  
me están gritando: «No ves  
que nõ te ama, pues olvida,»  
pero cuanto más me afano,  
su cariño sobrehumano  
se engrandece con la herida.

. . . . .  
¡Olvidarlo! empresa loca!  
Mas acrece el sentimiento  
si pretende el pensamiento

luchar con él; en la boca  
podrá haber resignación,  
frases huecas, convenidas,  
pero quedan las heridas  
frescas en el corazón!

. . . . .  
Aumenta mi desconsuelo.  
El sufre, sí, como yo...  
Luisa, Luisa le obligó,  
pero ¿por qué? ¡santo cielo!  
¡Si viniera, si le hablara...  
aun aquí tiene cabida.  
Yo soy la más ofendida  
y cuán pronto perdonara!

(Esta plegaria la dirá cayendo de rodillas poco á poco).

¡Madre mía! Virgen pura!  
tú que el pensamiento ves  
como del aire á través  
puede ver la criatura.  
Tú por quien agitan palmas  
en las regiones del cielo,  
que eres fuente de consuelo  
y eres reina de las almas,  
ampárame en mi aflicción,  
de rodillas te lo ruego,  
que vuelva á quererme Diego,  
que venga por mi perdón!  
¡O que su recuerdo fiel  
del pensamiento se aleje  
y morir en paz me deje,  
madre mía!... ¡Jesús, él!

(Tras una pausa, al volver la mirada, vé á DIEGO y queda  
oculta por el mueble hasta que la acción lo indica.)

## ESCENA VIII.

DIEGO y CLARA.

(DIEGO entra dominado por honda preocupación, vestido de negro, de americana y desaliñado en su persona.)

Cual resto del náfrago que las olas  
soberbias escupieron á la playa,  
hasta aquí me conducen mis desdichas,  
y del dolor las tempestades bravas.  
Cansado de luchar abro los brazos  
que sujetaron salvadora tabla,  
y vengo por la muerte que me brindan  
como un lecho de paz para mi alma!  
¡Noche, noche fatal! La negra sombra  
vigilante me vió junto á esta casa  
buscando entre los signos exteriores  
nuevas de la que adoro: sus ventanas  
por tristes claridades amarillas  
pude ver con sorpresa iluminadas;  
débiles ayes hasta mí llegaron  
conmoviendo las fibras de mi alma  
que en aquellos histéricos sollozos  
la dulce voz reconocí de Clara.  
Me alejé á la ventura, vagué errante  
con un dogal de fuego en la garganta  
sintiendo resonar en mis oídos  
aquella dulce voz que sollozaba.

.....  
Evocado, tal vez, por la conciencia  
de una mujer el pálido fantasma  
miré surgir entre la sombra oscura;  
corre sin descansar, pero su marcha  
con la mía igualó: convulso y loco.  
¿Quién eres? le grité. ¿Quién eres, habla!

Mi voz del viento conmovió las ondas  
que fueron á morir en las quebradas  
despertando los ecos de la sierra,  
con un coro infernal de carcajadas.  
Mas entre aquel confuso desconcierto  
de risas, de suspiros y palabras  
que los cóncavos ecos repetían  
¡¡Julia! dijeron las veloces auras

CLARA.

¡Ay de mí! (Desde este momento CLARA va lentamente rodeando el mueble como sufriendo una atracción de DIEGO.)

DIEGO.

Sin razón rodé por tierra  
y al volver á la vida, ya brillaba  
en la desnuda cumbre de los montes  
como emblema de amor la luz del alba

. . . . .  
¡Amor! no para mí ¡vana porfía;  
inútil llamamiento á la esperanza!  
¡Diosa fatalidad! por qué severa  
en mi vencido corazón te ensañas!  
¡Monstruo! por qué dejaste que mis ojos  
pudieran ¡torpes! contemplar á Clara.  
Por qué si es inocente sufre ella  
el horrible castigo de mis faltas?  
¡Coincidencia fatal! ¡suerte funesta!  
¡Mi fé vacila, mi razón estalla!  
¿En dónde está la mano vengadora  
que al darme muerte me procure calma?  
¡Me piden la razón de mi conducta  
ó la vida? Pues bien yo vengo á darla.  
¡Justicia del acaso, aquí me tienes  
sólo tu justo sacerdote falta!



## ESCENA IX.

DIEGO y CLARA, luego LUISA.

CLARA. ¡Piedad!

DIEGO. (La oye y corre á sostenerla).

Su voz. ¡Clara mía!

¡No vengas muerte, no vengas!

CLARA. (Muy débil). Déjame..... no me sostengas.....

era tu pasión impía.....

Tu lo has dicho... otra mujer...

un abismo entre los dos.....

DIEGO. (Aparte). Por qué la pones ¡Oh Dios!

en mis brazos?

CLARA. Tu deber

á otros lugares te llama.....

vuelve á esa mujer su honor

y olvida mi pobre amor.

DIEGO. (Aparte.) ¡Oh cielos, cuánto me ama!

CLARA. Vete; si; yo seré fuerte

si eres dichoso con ella.

DIEGO. La infeliz mujer aquella

halló descanso en la muerte.

CLARA. (Con alegría.) ¿Murió?

DIEGO. (Con severidad.) ¡Murió!

CLARA. (Reanimándose) Entonces... di...

¡Qué misterio!... Causa espanto!...

Pues queriéndote yo tanto

¿Por qué te alejas de mí?

¿Por qué dices que el pasado

te impide?... (Aparte.) Estará mintiendo.

¡Imposible!

DIEGO. (Aparte). Estoy sufriendo,

martirios de un condenado.



CLARA. Dimelo.

DIEGO. No puede ser.

CLARA. Quién te impide?... Luisa?... y eres tan débil... ¡Tu no me quieres!

DIEGO. (Con pasión.) ¡Con toda el alma mujer!

LUISA. (Buscando á Clara, asoma 2.<sup>a</sup> puerta derecha y se queda en ella, dirigiéndose después á la del foro.)

Dónde estará? ¡Dios me asista!

DIEGO. Como se ama lo imposible con pasión irresistible poderosa y egoista.

Pero me arroja de aquí odio fanático y ciego.

CLARA. (Con resolución.) Y amándote yo mi Diego

¿quién te alejará de mí?

¿Te arrojan? iré contigo:

no harán la desgracia mía

quiero gozar tu alegría

ó compartir tu castigo.

¡Qué me importa lo pasado!

Sueños locos de tu mente

serán; porque Dios clemente

con mi amor te ha perdonado.

(Suplicante.) Vamos... Juan ampara bondadoso nuestra acción.

DIEGO. (Aparte.) ¡Por qué tiembles corazón!

CLARA. ¿Aun dudas?

DIEGO.

No dudo ya;

ni cobarde me doblego,

ni batallo, ni resisto

ni desesperado insisto

en apagar este fuego,

ni en romper el tierno lazo

que me ofrece tu inocencia.

(Aparte.) ¡¡Duerme tranquila conciencia la vida es un breve plazo!!

(A CLARA.) Ven mi Clara, tu serás

- CLARA. mi gloria y mi salvación.  
(Muy débil.) No tengo fuerzas.... Perdón  
padre amado.
- DIEGO. (Sosteniéndola.) ¡Ven!
- LUISA. (Cubriendo la puerta.) ¡¡Atrás!!

## ESCENA X.

CLARA, DIEGO y LUISA.

(La situación de los personajes va cambiando durante la escena hasta quedar LUISA en primer término, y en segundo CLARA y DIEGO.)

- CLARA. (Con terror.) ¡Luisa!
- DIEGO. (Llevando a CLARA hacia la puerta.) ¡Ven Clara!
- LUISA. (Se acerca a cojer a Clara y ésta huye.) Qué horror!  
¿No saldrás... huyes de mí?  
¡Mira que dejas aquí  
á tu padre y á tu honor!  
No salgas.
- DIEGO. ¡Ven, Clara, ven!
- LUISA. No vayas de ese hombre en pos,  
ó la maldición de Dios  
caerá sobre ti también.
- CLARA. (Escondiendo la frente en el hombro de DIEGO.) ¡Jesús!
- DIEGO. (A LUISA.) ¡Cruel! Ya lograste  
herir á mi angel custodio,  
ahora en frente de tu odio  
queda el que tú me inspiraste.  
¡Te armó la *Fatalidad*  
con sus poderes! Pues sea,  
podré caer en la pelea,  
pero sin pedir piedad:  
(A CLARA.) Mi Clara, lazos de amor  
unirán nuestra existencia

¡a vivir, que tu inocencia  
nos salvará!

(Salen sosteniendo Diego a Clara por la cintura.)

LUISA. ¡No.... Favor!

(Va hacia la puerta del foro y en ella dirigiéndose al exterior dice:)

¡Maldito, a Julia también  
asi llevaste al infierno!

PEDRO. (Que a la voz de favor aparece en la puerta izquierda y oye  
a Luisa) ¡Qué digiste!

LUISA. (Retrocediendo espantada.) ¡Dios eterno!

PEDRO. (Abriendo un cajón de la mesa de despacho.)

¡Lo has dicho, lo has dicho!

LUISA. (Corriendo hacia él.) Ven.

PEDRO. (Al verse contenido.) ¡Qué voy a lavar mi afrenta!

LUISA. (Cogiendo a PEDRO y luchando con él).

¡No lo he dicho. No te irás!

¡Oh! hermano tu no serás

un asesino!

PEDRO. (Desasiéndose de LUISA que cae sobre un mueble).

¡Odio alienta! (Sale por el foro).

LUISA. (Levantándose con trabajo).

Pedro... mío... se fué.

## ESCENA XI.

LUISA y sucesivamente PEDRO, JUAN y CLARA.

JUAN. (Desde el exterior gritando). Nada,  
yo deshonras no permito.  
(Se oye un tiro).

LUISA. ¡Señor, piedad!

PEDRO. (Entrando jadeante). Su delito  
pagó por fin. Ya calmada  
del odio la inacabable

ansiedad. Justicia fué  
á traición lo asesiné  
como él mi honor.

JUAN. (Entra sosteniendo á CLARA que aparece destrenzada y llorando).

¡Miserable!

CLARA. (Desvariando). Cayó... Dios santo... en la boca  
sentí su beso de muerte...

¡Qué horror! Mi Diego... está inerte...

PEDRO. (A CLARA.) ¡Hija!

CLARA. (Encogiéndose con miedo.)

¡Aparta! Lo que toca  
tu mano se queda muerto!

(Vuelve la vista en torno de sí y vé á LUISA.)

Tú eras su enemiga ¡Infamel

(Á JUAN.) Tú que le amabas ampárame.

(Se arroja sollozando en brazos de JUAN.)

PEDRO. ¡Hija mía!

JUAN. ¡Atrás! Desierto

dejais el hogar honrado.

¡Virtud, amor, todo sobra!

¡Llorad sobre vuestra obra!

¡Fatalidad, has triunfado!

TELÓN.

FIN DEL DRAMA.









3,000  
Deducción antigife del autor

-VALL  
-DL  
-LEI  
-TI  
-SXIX

## **PUNTOS DE VENTA.**

---

### **VALLADOLID:**

Tipografía de *Hijos de J. Pastor*, Libertad, 13 y 18.

Librería de los *Hijos de Rodríguez*, Orates, 48.

En las demás provincias, en casa de los corresponsales de la Galería Dramática y Lírica «El Teatro.»

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

**Precio del ejemplar: DOS pesetas.**